

Mensaje cuatro

Experimentar a Cristo como nuestra vida, nuestra persona, para el nuevo hombre, el cual es uno solo

Lectura bíblica: Col. 3:1-4, 10-11

I. A fin de experimentar a Cristo como nuestra vida, nuestra persona, necesitamos ver que —con Cristo— tenemos una posición, una vida, un vivir, un destino y una gloria—Col. 3:1-4; cfr. 1 Co. 6:17:

- A. Nuestra posición es que estamos en Cristo; debido a que estamos en Él, estamos donde Él está: sentados a la diestra de Dios—Col. 3:1; Jn. 17:24; Ef. 2:6:
1. La posición del Hijo está en el Padre (Jn. 10:38; 14:10); nosotros estamos en el Hijo (1 Co. 1:30a), así que estamos en el Padre (Jn. 14:20; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1).
 2. Cuando estamos en el espíritu, estamos en Cristo, en el Padre y en los cielos de forma práctica y en términos de nuestra experiencia:
 - a. Una transmisión tiene lugar desde Cristo en los cielos a nosotros en la tierra por medio del Espíritu todo-inclusivo que está en nuestro espíritu—Ef. 1:19, 22-23; 2:22.
 - b. El mismo Cristo que está sentado en el trono en los cielos (Ro. 8:34) ahora también está en nosotros (v. 10), es decir, en nuestro espíritu (2 Ti. 4:22), donde está la habitación de Dios (Ef. 2:22).
 - c. Puesto que hoy en día nuestro espíritu es el lugar donde Dios habita, ahora este espíritu es la puerta al cielo, donde Cristo es la escalera que nos une con el cielo y nos trae el cielo—v. 22; Gn. 28:12-17; Jn. 1:51.
 - d. Cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu, pasamos por la puerta del cielo y tocamos el trono de gracia que está en el cielo, por medio de Cristo como la escalera celestial; nuestro espíritu es donde se recibe la transmisión divina, mientras que el trono de Dios es donde esta transmisión se origina—He. 4:16.
- B. La vida de Dios es la vida de Cristo, y la vida de Cristo ha llegado a ser nuestra vida—Jn. 5:26; Col. 3:4:
1. Que Cristo sea nuestra vida significa que Él es subjetivo para nosotros al máximo—Jn. 1:4; 14:6a; 10:10b; 1 Co. 15:45; Ro. 8:10, 6, 11.
 2. Es imposible separar a una persona de la vida de aquella persona, pues la vida de una persona es la persona misma; por consiguiente, decir que Cristo es nuestra vida significa que Cristo ha llegado a ser nosotros y que nosotros, con Él, tenemos una vida y un vivir—Jn. 14:6a; Fil. 1:21a.
 3. Con respecto a Cristo como la vida de los creyentes, hay tres características que distinguen esta vida de la vida natural:
 - a. Esta vida es una vida crucificada—Gá. 2:20.
 - b. Esta vida es una vida resucitada—Jn. 11:25.
 - c. Ésta es una vida que está escondida en Dios—Col. 3:3-4; Mt. 6:1-6, 16-18.
- C. Buscar las cosas de arriba y fijar nuestra mente en ellas equivale a unirnos al Señor en Su ministerio celestial, Su empresa divina; esto equivale a vivir a Cristo, a tener un vivir que es uno con el vivir de Cristo para el nuevo hombre—Col. 3:1-2, 10-11:
1. En Su ministerio celestial, Cristo hoy vive como Sumo Sacerdote para interceder por las iglesias—He. 8:1; 4:14; 7:25; 4:16; Col. 4:2.
 2. En Su ministerio celestial, Cristo hoy vive como Ministro celestial para suministrar las riquezas de Cristo a los santos—He. 8:1-2; Ef. 3:8.
 3. En Su ministerio celestial, Cristo hoy vive como Administrador universal del gobierno de Dios para el cumplimiento del propósito de Dios—Ap. 4:1-2, 5; 5:6; 1:10-11:
 - a. Desde el trono en los cielos, la transmisión divina introduce las cosas de arriba en las iglesias locales—Ef. 1:19, 22-23.

- b. En Apocalipsis 4 y 5 tenemos una visión de nuestro gobierno central, y en Apocalipsis 1 al 3 tenemos una visión de las iglesias locales como “embajadas”; por medio de los siete Espíritus lo que está en la sede celestial es transmitido a las iglesias como embajadas.
- c. Lo que ocurre en las iglesias locales debería estar bajo la dirección del trono de Dios que está en los cielos; a fin de que el recobro sea el recobro *del Señor*, éste tiene que estar bajo Su dirección—Col. 1:18; 2:19; Ap. 4:2-3.
- D. Nuestro destino es la gloria; Cristo nos está llevando a la gloria para que seamos manifestados con Él en gloria—He. 2:10; Col. 3:4.

II. Nuestra vida es el Cristo que mora en nosotros, y dicha vida está escondida con Cristo en Dios; el Cristo escondido en Dios es tipificado por el maná escondido en la urna de oro—vs. 3-4; Éx. 16:32-34; Ap. 2:17:

- A. Cristo como maná escondido está en Dios el Padre como urna de oro; el Padre está en Cristo como Arca con Sus dos naturalezas, la divinidad y la humanidad; y Cristo como Espíritu que mora en nosotros vive en nuestro espíritu regenerado a fin de ser la realidad del Lugar Santísimo—cfr. Jn. 14:16-20; 2 Ti. 4:22.
- B. Cuando comemos a Cristo como maná escondido, somos incorporados en Él con miras a la morada mutua de Dios y el hombre—Jn. 15:5, 7; 8:31; 6:57, 63; 14:23.

III. El hecho de que Cristo sea nuestra vida indica claramente que debemos tomarlo como vida y vivir por Él, que debemos vivirle en nuestra vida diaria—Col. 3:4a:

- A. Cristo debe ser nuestra vida de manera práctica y en términos de nuestra experiencia; día a día necesitamos ser salvos en Su vida—v. 4a; 1 Co. 15:45; Ro. 5:10:
 1. En la vida divina somos salvos de la esclavitud del pecado, la ley del pecado, mediante la liberación que nos proporciona la ley del Espíritu consumado—8:2.
 2. En la vida divina somos salvos del presente siglo del mundo mediante la santificación que efectúa el Espíritu consumado—12:2a; 6:19b, 22b.
 3. En la vida divina somos salvos de nuestro ser natural mediante la transformación que efectúa el Espíritu vivificante—12:2b.
 4. En la vida divina somos salvos del individualismo al ser edificados en el Cuerpo de Cristo—v. 5.
 5. En la vida divina somos salvos de manifestar la semejanza del yo mediante la conformación llevada a cabo por el Espíritu que imparte vida—8:29.
 6. En la vida divina somos salvos de nuestro cuerpo de humillación mediante la transfiguración en la virtud propia de la vida divina—v. 30; Fil. 3:21; Ro. 8:11.
 7. Ser salvos en la vida divina equivale a reinar en la vida divina—5:17.
 8. Ser salvos en la vida divina tendrá como resultado la victoria sobre Satanás—16:20.
- B. El nuevo hombre es el resultado espontáneo que se produce cuando tomamos a Cristo como nuestra vida y le vivimos a Él—Col. 3:3-4, 10-11.